

El amor de Conchita Betancor

Fuente: La Provincia. C.G.G.

La hoy nonagenaria se casó con uno de los hijos de María, la hija pequeña del primer matrimonio de Juan Perdomo Méndez.

Cerca de san Telmo vive Conchita Betancor. Tiene 92 años y una mente prodigiosa. Cuando se ríe todo tiembla, su risa descontrolada se expande y contagia como esas ondulaciones que se hacen en el mar cuando se lanza una



pedra. Tiene la cara redonda y sonrosada. Con esa mirada viva, entre traviesa y sincera. Conchita es de esas personas amables, cercanas, con la que se puede pasar la tarde hablando de sus cosas, de su vida en Lanzarote y después en Las Palmas de Gran Canaria. Donde formó su familia junto a Robustiano, uno de los hijos de María Perdomo, a la que ella siempre llamaba abuela, porque aquella mujer tranquila y cariñosa, sabía tanto de la vida, que había que seguirla, escuchar lo que decía y guardarlo como un tesoro de monedas de oro y perlas de nácar.

Conchita habla sin medias tintas, entonces su hija trata de controlar sus impulsos, templar las palabras valientes de esta lanzaroteña en Gran Canaria.

Ella nació en Guatiza y cuando tenía 16 años, un muchacho “un perruño de hombre” dice, quiso entablar relación, pero ella le dejó claro que no le gustaba nada. Entonces, empezaron a llegarle cartas de un tal Robustiano Perdomo de Mala. Al principio le dijo a su padre que no pensaba contestar, después se lo pensó mejor. Y así comenzó una relación que mantuvieron durante seis años. Se mandaron fotos, para ver cómo eran en realidad y después se visitaban siempre según marcaban los cánones de la época. Al fin Robustiano le dijo que lo mejor era casarse y se fueron a vivir a Las Palmas de Gran Canaria.

El marido de Conchita era sastre y empezó a trabajar para Jerónimo Domínguez en Triana.

Para esta mujer de palabra fácil, la vida de su suegra merece estar en un lugar de privilegio. Al quedarse sola con su padre y con sus hermanos en argentina, María lo pasó muy bien en aquella tierra desangelada y empobrecida. Además, su padre, Juan Perdomo decidió volver a casarse y cuando ella apenas tenía 15 años le dijo que tenía

que aceptar como futuro marido a un señor de la zona, un viudo de 50 años, que se había quedado prendado de aquella chiquilla.

María se resistió todo lo que pudo pero al final tuvo que aceptar las órdenes de su padre y acabó por aceptar la propuesta de Román Cabrera.

Conchita nunca podrá olvidarse de María, aquella abuela que tanto apoyo le dio a ella y a todos. Desde su casa, sigue contando parte de esta historia, a veces se para y entonces dice: “espera, que a veces me pierdo”.